

Ilustración

CARLOS ANDRÉS SCANNAPIECO

(Artista plástico argentino contemporáneo, grabador)

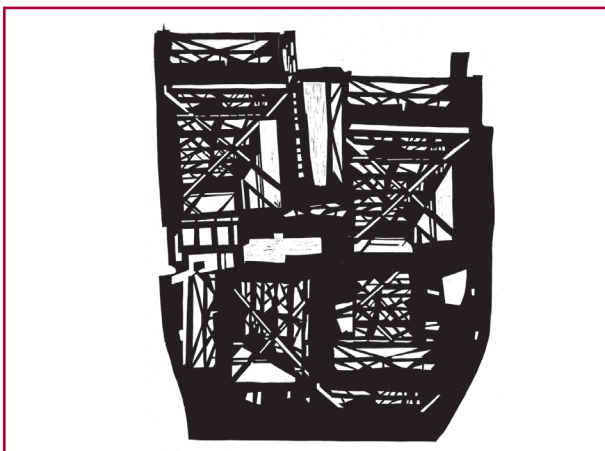
El grabado trabaja el simbolismo que proyecta al hombre fuera de su precariedad física y del tiempo. Es el hacedor de la creación rupestre, el de la impronta de las manos, el ignorado creador de Altamira lacerándose la espalda para estampar en el techo de la escueta caverna de roca calcárea sus bisontes y ciervos pastando. En el “orden superior” impuesto por los dioses y los designios del misterio “alguien debe morir para que hoy tú perdures”. Las criaturas, humanas e instintivas, nacieron en el territorio desolado para evitar ser el sacrificio y oficiarse de verdugo. En el mejor de los casos, aquilatar la indiferencia al momento de huir de la amenaza. Sobre la superficie de la matriz de piedra y leño se fue horadando la historia que imprimió el sentimiento del artista, el ancestral grabador en la continuidad de un suceso diferente cuando el hombre intentó evadirse de la ignominia. Aun cuando no tuviese nombre que lo identificara ante otros hombres. Carlos Andrés Scannapieco proviene de esa estirpe. Simplifica circunstancias, hábitos y cultos transmitiendo un acervo que identifica. Su obra, entonces, puede generar la voluptuosidad de expresar y denunciar el paso existencial. El trazo parece copiar el sentido del buril, el raedor, la gubia o el punzón, pero engaña. Su timonel es la emoción. El mismo que tuvo el ignorado ser con andrajos al atestiguar su presencia al principio del hombre.

Este hombre perseguido por los miedos e imaginaciones no se abroqueló en la alternativa que le ofrecía el orden superior: el del instinto y la razón. Estas características no lo excluían del código que lo hacía partícipe del drama del tiempo, de la muerte y de la supervivencia. Aun engañado y humillado por su condición buscó explicar la existencia desde otra mirada. Usó el sentimiento, la emoción y la conciencia sólo hasta el límite de lo real. Denunció su propia condición. Intentó elevarse hasta el margen más misericordioso. Así nació el arte, con el oficio de tallar el sentimiento. Los que no pudieron expresarlo hacia fuera del “yo” se transformaron en “escuchados”^(*), en vagabundos. En observadores. Ese periplo de ir destituyéndose de la razón y la conciencia como únicos valores y adentrarse al sentimiento fue comprender que el hombre, semejante a las partículas que constituyen el cosmos, colisionan, destruyen, mudan, aniquilan y renacen en otras partículas y que este suceso tiene el infausto acopio en la memoria. (1) Esa imagen real volcada a la belleza es la que Carlos Scannapieco nos deja en su creación.



“En la vía”

Agua fuerte aguatinata, 0,21 x 0,41 m (2002)



“El puente borracho”

Xilografía, 0,70 x 0,90 m (1987)

LA TRAGEDIA DEL HOMBRE ES ATINAR A COMPRENDER QUE LA RAZÓN NO LE ALCANZA PARA SOBREPONERSE AL INSTINTO

En el proceso artístico la idea de un mundo mejor no deja de tener su mirada en los valores más antiguos. Acontece esa situación con los pueblos y también con los individuos. En la vocación artística la ruptura con lo tradicional es una instancia anímica. Es la búsqueda de lo profano para incorporarlo a la identidad de los hombres y sus sociedades. Busca superarse en el recuerdo de lo acontecido, a rebelarse, pero también a trascender desde la misma innovación. El artista comprende que la tragedia del hombre es atinar a comprender que la razón no le alcanza para sobreponerse al instinto. Hay en esta postura un vuelo romántico, una impronta poética: trascender la derrota del individuo, inapelable y dramática para garantizar el derrotero del “orden superior” a nivel del clan, aunque todos sean puntualmente marginados por otras criaturas o el insobornable tiempo.

El arte aflora su veta allende al instinto y a la razón. Lo hace desde el sentimiento. Se escabulle de un mandato potenciado en su naturaleza infortunada por el poder que los hombres acaparan para su seguridad, para avanzar con otros propósitos. Los vicios “propios” que atesoran para perdurar en la lucha se vuelcan al poder para sojuzgar; para ostentar, para ser temido, a veces a través de una falsa e interesada benevolencia. La tradición cultural que deja el orden natural, aunado a la soberbia terrenal racionalizada es el archivo que el artista va testificando. Su paso existencial está grabado desde sus comienzos en la piedra, el metal y la madera; conservado en acto trascendente por aquel que deja el mandato de los dioses para asumir desde la rebeldía la búsqueda desenfadada de explicarse.

El valor por lo nuevo puede ser la revelación de una vieja verdad enmohecida en el pasado. Al decir de Berdiaeff, el Renacimiento está aún vigente, todavía no finalizó. En esta época donde se ejerce el arte en toda una amplitud de posibilidades surge inevitable la pregunta vital: ¿qué es el arte? Quizás entender que representa el archivo cultural de una sociedad. El arte no se plantea el dilema de disminuir los errores para alcanzar una verdad. Cada obra es una verdad en sí misma. Lo viejo y lo nuevo conviven en la necesidad de indagar el papel del hombre en el cosmos dentro de un ordenamiento, del cual es un participante insospechado. Tal vez innecesario.

¿Cuál es el valor de una obra de arte? Es la referencia a la tradición cultural, aunque la modifique o transforme, porque siempre busca en la innovación su génesis. Este punto de observación presupone la construcción de un legado cultural. El asentamiento e identidad de una comunidad. Sin embargo, el valor de una obra no puede ser la novedad en sí. Debe recrearse sobre el análisis histórico. Lo profano se inmiscuye pero su realidad no es cultura. Ésta se halla en la memoria social, en la transmisión de unos individuos a otros. Los artistas la recrean y se oponen al tiempo que destruye. Los pueblos se asientan en sus tradiciones. Lo nuevo intenta llegar al acervo cultural. Entonces es nuevo. Avanza hacia el archivo de lo tradicional. En esta línea de conflagración los artistas son sus ejecutores. La novedad avanza desde la cotidianidad



“A la Plaza”
Agua fuerte aguatinada, 0,21 x 0,41 m (2002)

(profano) hacia el archivo de lo tradicional (cultura) al decir de Groys. (2)

Es intención de la modernidad desvalorizar lo tradicional y reconstruir desde lo profano. Hay renuncia en el artista a repetir la experiencia cultural. Intenta “ser” en el cambio, en lo nuevo. En esa transcripción del símbolo se yergue entre lo profano y lo culto para imponer un espacio. El arte necesita algo más que propender a redimensionar el archivo cultural del hombre utilizando el sentimiento para evadirse de la ley natural. Debe excluirse de las sociedades doctrinarias, esquemáticas, subvertidas a un dictado que elaboran sus clarividencias de semidiós, dejando de lado el “factor humano”. El artista y el vagabundo no pertenecen a esos propósitos, a ese número que necesita la sociedad para privilegiar sus intereses. A ese ejército que constituye el segmento más vulnerable y precario; que representa la avanzada de los hombres sacrificados que defienden las utopías de los hombres del poder.

Jorge C. Trainini

(*) *Escuchado*: acepción del norte argentino al referirse al hombre parco.
1. Trainini JC. Geografías desoladas. Buenos Aires: Ed Dunken; 2011.
2. Groys B. Über das Neue. Versuch einer Kulturökonomie. München, 1992.